

pegame que me gusta

Lalo Barrubia



criatura EDITORA

Pegame que me gusta

-

Lalo Barrubia

criatura EDITORA

De algún modo había logrado dormirme arrollado en el sofá hasta que me despertaron los sonidos de la casa ajena, un ruido de tazas en la cocina y el resplandor del pasillo que se colaba a través de la cortina de cañas. Después oí los pasos de Laura entrando en su cuarto y su voz preguntándole a Gary si quería limón en el té. Traté de quedarme muy quieto para volver a conciliar el sueño pero la conversación se oía con tanta claridad que no pude contener mi curiosidad cuando entendí que hablaban de mí. Ella hablaba en un tono quejumbroso que no llegaba a ser de reproche pero estaba muy cerca. Vivimos en dos pequeñas habitaciones llenas de cosas, decía, apenas tenemos espacio para nosotros mismos y vamos a tener un bebé. ¿Te parece que podemos traer más gente a vivir aquí?

—Bueno, tranquila —contestó él—, todavía faltan dos meses.

—A esta altura del embarazo el niño ya puede nacer, en realidad, es un hecho inminente.

—En realidad —repitió él un poco irritado—, todavía faltan dos meses. Me preguntó si podía quedarse quince días, no me pareció tan terrible.

—Aun así no deberías haberlo decidido vos solo. Yo tengo que estar tranquila, no tengo ningunas ganas de estar viviendo con más gente, no fue para eso que nos conseguimos este piojoso lugar.

—No se trata de ganas, no sé si te das cuenta, se trata de socorrer a alguien que está en una situación extrema. El Pato es mi amigo, no tiene a dónde ir, no tiene un mango, ¿qué te parece que iba a hacer?

—No sé —dijo ella ya notoriamente irritada—, pero vos parecés muy confiado en que lo va a resolver en menos de quince días. Además su situación extrema consiste en andar por la vida con un televisor y una bolsa de cuarenta quilos de medias que me ocupan todo el living, el único espacio vital que tengo.

Entonces sentí ganas de llorar, de repente, como si una cosa me saliera de adentro. Hasta ese momento había soportado la desesperante situación como una cuchilla pendiente sobre mi cabeza pero sin llegar a perder la calma. Mañana dios proveerá. Y de hecho, después de haberme pasado una noche en la calle, Gary me había recibido en su casa, lo que me había llenado de una momentánea tranquilidad. Pero aquella conversación me descompuso. Yo recordaba muy bien la conversación con Gary. Yo había dicho «quince, veinte días». Tenía la certeza de eso porque había elegido a propósito una expresión ambigua, el mayor tiempo que me había atrevido a formular, aunque sabía que los dolores de parto eran mi límite último, y eso podía llegar a demorar un poco más. Pero en una cuestión de horas él estaba bajando a quince días a secas en su relato a Laura. Y además ella tenía la osadía de meterse con mi mercadería y con mi televisor. La bolsa con las medias no era muy estética, yo lo sé. Pero era lo único que yo tenía para vender en aquel momento. Lo que no podía entender era qué le molestaba del televisor, a ella que tenía una cachila en blanco y negro y con tanta frescura se había

sentado después de cenar a mirar la telenovela en colores, en mi televisor.

No era que yo le diera un gran valor al televisor. Se sabe que la televisión es el opio de los pueblos, por decirlo de una manera clarita. Eran otros los motivos que tenía para haberlo acarreado conmigo y me molestaba que Laura opinara sin tener los suficientes elementos de juicio. La compra del maldito aparato había sido uno de los puntos explosivos de la discusión con mi mujer, y a causa de lo cual el dinero para las cuotas nunca aparecía y mi nombre había ingresado en las listas negras de deudores. Yo no estaba dispuesto a soportar esa situación, que, aparte de cerrarme todas las puertas, era una completa humillación, para que después ella se quedara con el televisor. Así que se convirtió para mí en un símbolo de dignidad, y por lo tanto parte de mi equipaje cuando me fui.

Salí de casa con la plata del ómnibus que ella me dio, la bolsa de la mercadería, la mochila al hombro y encima la caja del televisor, y caminé hasta la carretera bajo una llovizna fina. Por suerte alcancé el último ómnibus a Montevideo de precio regular y me bajé en la terminal Tres Cruces cansado y con frío. Sin saber mucho qué hacer, fui caminando hasta la casa de mi madre. Después de lamentarse mucho por la separación, darme consejos innecesarios y estúpidos e invitarme con una pizza desabrida que encargó al bar de la esquina, me dijo sin complejo alguno que allí no me podía quedar. Yo hice un esfuerzo por mantener la cabeza fría para tratar de mendigar al menos un par de noches, pero todo fue inútil. Al principio me dejó hablar y su cara pareció volverse blanda como una porción de flan, entonces redoblé

las energías y me concentré en darle lástima. Sin embargo, cuando llegó su marido le pidió que me diera plata para el taxi, ya que andaba con todas aquellas cosas y se me había hecho tan tarde. Era patética, ¿para qué quería plata para el taxi si no tenía a dónde ir? Me la quedé mirando incrédulo, como para que se sintiera culpable, pero sabía que era una reacción automática y que ya no tenía ningún efecto. Cuando salí a la calle pensé que aquella vez debería al fin ser la última, que no quería volver a verla. Pero no me hice ningún juramento porque ya había retrocedido muchas veces de mis arranques principistas, y había aceptado que carecían de sentido cuando se tiene que sobrevivir.

Claro que yo no fui siempre así. En otro tiempo estudié fotografía y un poco de cine en los cursos del Cine Club Universitario; también hice un curso de crítica cinematográfica, un seminario en realidad, pero cuando a uno le interesa algo, aprende. Para poder permitirme todos esos lujos trabajaba en una panadería que tenía un primo de mi padre, un gallego que había hecho algo de plata y mantenía aquel pequeño negocio con la sangre de los pobres, para ser realista. Una mierda de trabajo, una mierda de sueldo y una mierda de patrón. Claro que yo, amparado por el parentesco, me permitía faltar cuando necesitaba tiempo para leer, tomarme vacaciones más largas de lo convenido, y cosas por el estilo. En realidad era lo único por lo que valía la pena conservar aquel trabajo. Hasta que el gallego un día se quiso jubilar, y vendió la panadería a un hombre mucho más amable y civilizado, pero que no era primo de mi padre y después de un tiempo se cansó de mi estilo y me dijo que quedaría un mes a prueba, algo así, ya no lo recuerdo. Yo le dije que a mí no me iba a poner a prueba un tipo como él,

sin ninguna cultura e incapaz de comprender las necesidades de los demás. Pero el tipo no se dejó envolver, tenía un signo de pesos grabado en el corazón y por mucho que lo insulté no conseguí que me echara. Después de escuchar todo lo que yo tenía para decirle, dijo entonces que me pagaría por hora, que podía ir cuando quisiera, y cerró la puerta de la oficina detrás de él.

Cuando entré en la cuadra estaba en mangas de camisa cepillando las mesas, cosa que en realidad era mi trabajo. De allí en adelante trabajamos siempre juntos, con lo que cada vez el trabajo se resolvía más rápido. Todavía puedo recordar su voz diciendo con total tranquilidad que ya podía irme, que no había más nada para hacer. Digamos para hacerla corta que el tipo me destruyó en silencio, hasta que un día decidí que no iría más, nunca más. Y es algo de lo que nunca me arrepentí, ni en los peores momentos. Agarré mis cosas y me fui a Rocha de vacaciones y volví con una mujer y una hija, nada menos. Juntos. El mundo se vino abajo como si hubiera sido de arena. Pero entonces tuve una familia, al menos hasta ese día en que mi mujer primero, y después mi madre, me dieron guita al echarme de sus casas.

Volví caminando a la terminal de ómnibus donde pasé la noche en vela por temor a que me robaran. Si hubiera tenido la plata suficiente me habría tomado el ómnibus de regreso a casa, el que iba a Punta del Este a las cero treinta, pero ese salía más caro. A veces pienso que si hubiera hecho eso la historia sería otra. Habría llorado de alivio al subir la cuesta y entrar en la cocina, Adriana se habría conmovido al verme llorar, y las cosas se habrían arreglado sin más. Si solo hubiera tenido para el ómnibus. Pero no tenía. Tuve

que quedarme allí, bajo las luces brillantes de la sala de fumadores casi vacía, con el culo aplastado contra la silla de plástico. Cada tanto aparecían pasajeros o grupos que llegaban o salían, y, sobre todo, otros que venían con sus bulbos a pasar la noche. La mayoría parecían acostumbrados y habían perdido el temor a dormirse rodeados de sus pobres pertenencias. Pensé que cualquiera de ellos podía haber sido Jack Kerouac o Neal Cassady si hubieran vivido en este tiempo y en este lugar. Y me dije que estaba allí ganando mi derecho a ser algún día un artista que tuviera algo que decir, a poder decir aquello que muy pocos habían podido decir con propiedad, de la misma manera que las personas que graban en los árboles «yo estuve acá». Sin embargo, si hoy quisiera describir a los que estaban allí o contar algo sobre lo que hacían no podría, y esto lo digo con profunda tristeza, ya no podría recordar a ninguno. Me dolían los huesos y los ojos se me cerraban. Quizás el hambre y el cansancio me quitaron las energías para guardar aquellas imágenes, yo que siempre me había enorgullecido de poseer una poderosa memoria y que podía, por ejemplo, recitar fragmentos enteros de libros que me habían impresionado.

Cuando aclaró del todo afuera y la ciudad volvió apurada a moverse por los corredores y las escaleras mecánicas, salí a la calle e instalé mi puesto de medias deportivas en la vereda, improvisado sobre la caja del televisor. Con las horas el sol se volvió tibio y una sensación de paz disipó mi cansancio. Estuve conversando con otros vendedores que se instalaron alrededor. Pude dejar las cosas un momento y cruzar hasta la panadería, donde compré pan y fiambre con la plata que el marido de mi madre me había dado. En el intervalo, el artesano que estaba a mi lado había vendido dos

pares de mis medias. Me sentí tan contento que compartí con él mi comida. Más tarde, cuando él vendió un par de caravanas, fue a comprar una botella de vino que bebimos al cálido sol del mediodía, envueltos en una pseudoalegría, contándonos historias de la calle. No recuerdo cómo se llamaba, pero sí que tocaba la guitarra en la banda Los que Llegaron Tarde, un nombre que me pareció fantástico. Él dijo que estaba tan acostumbrado que le resultaba indiferente, que le habían puesto ese nombre porque se habían decidido a armar una banda de garaje cuando el más joven tenía como treinta años. Yo dije que me parecía una forma muy divertida de ver la vida, muy sana. Pero a él todo le parecía bastante natural.

A eso de las seis de la tarde me di cuenta de que era hora de resolver dónde pasaría la noche antes de que fuera demasiado tarde. Mi nuevo amigo no pareció tener ninguna solución. Que le parecía una lástima que un día de ventas bastante buenas tuviera que desperdiciarse en alquilar una habitación, fue lo que dijo. Yo no tenía ni para alquilar una habitación. Él dijo que usara la cabeza, que uno siempre tiene un amigo en alguna parte a donde se puede llegar caminando. Así fue como se me ocurrió ir a casa de Gary, que vivía en el barrio de los judíos, aunque hacía tiempo que no lo veía ni sabía de él. Yo había trabajado gratis para él una vez, y eso debía tener algún valor. Y funcionó a pesar de todo, pensé a la mañana siguiente cuando oí irse a Laura y me di vuelta para seguir durmiendo. Me había costado mucho conciliar el sueño. Después de escuchar aquella conversación entre Gary y su mujer había entrado en un estado de enorme inquietud en que mi cabeza recorría corredores oscuros y no lograba nunca ver la luz, la salida. La perspectiva de crearme una

vida de la nada, sin renunciar a mis aspiraciones como artista y, sobre todo, como ser libre y de principios, parecía imposible, pero lo más triste era que renunciando a esas aspiraciones también parecía imposible. Cuando me desperté, Gary le abría la puerta a alguien que llegaba. Era un muchacho muy joven, de pelo largo y ondulado, que sonrió mostrándome un montón de dientes rotos y torcidos. Yo también sonreí, mostrándole mis dientes rotos y torcidos.

Buenos días, me dijo el chico mientras Gary abría las cortinas y yo me incorporaba en el sofá y me restregaba los ojos. Era un chico del barrio que no tendría más de dieciocho años. Venía a traer un par de gramos que le estaba debiendo a Gary de algún viejo negocio. Así que hicimos unas rayitas y nos pusimos a conversar y a escuchar música. También hicimos un mate, ya que teníamos una ansiedad permanente de líquido y de hacer algo con las manos. La colección de discos viejos de Gary era enorme. Jugamos unas larguísimas competencias en las que el chico ponía un tema de un disco elegido al azar y nosotros adivinábamos qué era, ganaba el que pudiera aportar más información. Competir con Gary era muy difícil porque eran sus propios discos, pero yo lo aventajaba en memoria. Cuando aparecía un tema que yo conocía, en muchos casos podía recordar sin esfuerzo los nombres de cada uno de los músicos de la banda y los invitados, el arreglador, el ingeniero de sonido, el año y, en algún caso, hasta la cantidad de tomas que se habían hecho. Eso no lo quisieron creer, pero era cierto. Y así se nos fue la tarde. Me di cuenta de golpe, cuando Laura volvió, de que no había salido a trabajar en todo el maldito día. Claro que pensándolo bien tampoco había gastado un centavo, sin ningún problema podía sobrevivir hasta el día

siguiente en las mismas condiciones en las que estaba. No iría a la cocina cuando ellos comieran y solo aceptaría en caso de que me invitaran. Todavía me quedaba un poco de yerba, como para poder arreglarme. Tampoco estaba yo en condiciones anímicas de reprocharme un poco de diversión.

Lo que pasó en realidad fue que Laura había cobrado y había traído un pollo y un par de cervezas. Gary se puso a tomar cerveza y enseguida le vinieron ganas de tomar más merca, así que se fue en una corrida a lo del chico este y volvió colocado. Claro que después de eso el pollo ya no le apetecía. Laura se enojó mucho con él. Parece que él le había prometido dejar la merca mientras ella estuviera embarazada, del mismo modo que ella se lo había prometido a él por razones obvias. No era solo el hecho de que faltara a su palabra, decía ella lloriqueando, sino que así estaban cada vez más lejos, o creía que ella había laburado todo el maldito día para venir a sentarse sola en la cocina a comer pollo. Gary se puso a hablar con alguien por teléfono y después salió dando un portazo.

A mí tampoco me apetecía el pollo, en verdad hasta me daba un poco de asco, pero yo sabía que aquellas proteínas me eran necesarias, que no podía desperdiciarlas, y además sentí que Laura me necesitaba. Fui a la cocina con una discreta sonrisa.

—Comamos el pollo —dije—, vos necesitás tomarte las cosas con calma.

Ella se sentó y yo serví los dos platos y corté un poco de pan. En silencio absoluto comí con lentitud y esfuerzo una pata mientras ella se devoró casi todo lo demás. Y después sonrió, apartó despacio la silla y dijo que tenía ganas de

escuchar jazz. Yo le hice señas de que se quedara sentada y con ágiles movimientos fui hasta el equipo de música y le puse *The Man with the Horn*, el disco con el que Miles Davis volvió de la muerte, un disco que muchos critican pero que a mí me encanta.

Volví a San Luis el fin de semana bajo un radiante sol de sábado de tarde. Pensé que las encontraría a todas de buen humor, o al menos era lo que deseaba. Quizás porque yo necesitaba con urgencia verlas sonreír, abrazarlas, disfrutarlas. Vi de lejos a las niñas. Ellas me vieron y salieron corriendo al camino. El monte brillaba y el camino desprendía un polvo casi dorado alrededor de sus pasos bajo la luz anaranjada del sol. Cuando estuvieron más cerca me di cuenta de que ninguna de las dos sonreía. Bajé los bolsos y abrí los brazos. Ellas disminuyeron la velocidad. Se miraron. Luego Morgana avanzó y comenzaron las dos de nuevo a correr y a gritar al mismo tiempo, acusando a la otra de haber hecho algo horrible. Cosa que comprendí por la forma en que hablaban más que porque entendiera algo de lo que decían. ¡Stop!, dije poniendo una mano hacia adelante y con cara de enojado. Las dos pararon y entonces sonreí apenas.

—Tranquilas. Llegó papá. ¿Cómo están?

Entonces dieron el último paso y nos abrazamos los tres.

—Mientras caminamos hasta la casa me pueden explicar lo que pasó —les dije—, con tranquilidad, y una por vez.

Agarré los bolsos y empecé a caminar. Ellas me siguieron.

—Primero Malena —dije.

—¿Por qué? —preguntó Morgana desafiante.

—Porque dice papá.

Tampoco Adriana estaba de buen humor. Fregaba los platos con una energía enfermiza y dijo «hola» sin sonreír, sin tono en la voz. Me senté junto a la mesa, a su lado, sin decir nada. En realidad era lógico que todavía estuviera enojada. Ella seguro que no la había pasado bien tampoco, sola de golpe con todo. Del mismo modo que yo, debía de haber estado todos aquellos días deseando la normalidad de la casa, quizás ella también había estado esperando que algo cambiara, alguien con quien hablar. Era cierto que yo precisaba consuelo, pero quizás ella también lo precisaba, a su manera.

—Vendí veintiséis pares de medias —dije sin saber cuántos había vendido en realidad—. Pero ya pagué el boleto y traje carne y naranjas.

—Tu boleto corre por tu cuenta, y yo no te pedí carne ni naranjas, así que a mí me liquidás mi parte de veintiséis pares de medias —dijo ella sin mirarme.

Entonces me reí. No sé por qué me reí. Solo me pareció tan estúpido, paradójicamente estúpido, estar allí tratando de animarla para que me contestara de esa manera. Como hubiera contestado un extraño y además hostil, un patrón, un enemigo. Como alguien que se ha puesto una máscara que no le queda, porque cree que es la máscara de la justicia, porque cree que puede cobrarse en monedas la felicidad perdida.

—Voy a preparar un mate —dije.

—Hay que avivar el fuego para calentar la hornalla.

—Ya me di cuenta, tranquila.

Ella retorció los repasadores y los colgó en la ventana. Yo puse leña en el foso de la cocina económica y corrí la chapa de hierro de las hornallas. Luego soplé hacia adentro

hasta que levantó llama. Agarré la caldera y salí a buscar agua. El sol casi se ponía sobre la línea negra de los pinos más altos, allá, atrás de la cancha de fútbol en la que nadie jugaba. Bombeé y cuando vi el chorro no pude menos que meter la boca en él. El agua era clara, fresca y abundante, como si hubiera sido bombeada hacía poco rato. Cuando volví a entrar vi que el tanque de la puerta tenía agua hasta más de la mitad.

—¿Vos sacaste más de medio tanque de agua? —le pregunté con curiosidad mientras ponía la caldera en el fuego.

—Sí —dijo ella. Y se sentó en una silla.

Eso me desconcertó. Siempre había dicho que no podía. Nunca había podido sacar más de cuatro o cinco baldes, o algo así, los brazos se le cansaban y no podía bombear más. O en realidad nunca había querido. Había logrado siempre que yo bombeara el agua porque era el más fuerte. Cuando en realidad ella era tan capaz como yo de hacerlo. Pero yo no quería hablar de eso y volver a la vieja discusión de la bomba eléctrica. Quizá solo lo había hecho para demostrarme que podía arreglárselas sola. O quizá para demostrárselo a sí misma, ya que no podía saber que yo vendría. Algo en ella estaba cambiando, y eso me producía miedo. Miedo de no saber a quién tenés al lado. Miedo de perderla. Pero ese miedo era también mi fuerza, ese miedo contenía la esperanza de no haberla perdido ya. Tomamos mate sentados en el tronco mientras oscurecía y las niñas hacían una muralla de piedras unidas con arena mojada. La obra se veía muy bonita. Eran piedras medianas como del tamaño de los ladrillos que Adriana había ido trayendo de la banquina de la carretera en sus idas al almacén. Le conté que mi madre me había echado de la casa a medianoche con todo mi equipaje. Ella dijo que solo yo podía esperar algo de esa

yegua. Y tenía razón. Pero yo no dije nada. No me causaba el mismo efecto que a ella que mi madre fuera una yegua. No me gustaba que ella le dijera yegua.

Cuando la oscuridad llenó el aire hasta marcar los bordes de todo, Adriana agarró el mate y el termo y entró. Y echó unos leños al fuego. Yo fui al costado de la casa y agarré la caña, fui desenrollando el cable despacio para que no se enredara, hasta llegar al poste de la esquina, entonces levanté la caña y colgué el puente del cableado público. Las luces de la casa se encendieron. Las niñas fueron corriendo para adentro. Cuando yo entré, me pidieron que les dibujara cosas. Entonces nos sentamos los tres a la mesa y empezamos a jugar. Ellas decían una cosa cada una y yo tenía que dibujarla. Yo hacía siempre unos dibujos un poco ridículos, hombres con grandes orejas, o mesas con ojos y boca, pelotas de fútbol abolladas. Y ellas siempre se reían. Adriana se tendió a leer y corrió la cortina.

En un rincón del rancho habíamos hecho nuestro lugar, la cama rodeada por un ropero y una cortina. En el otro rincón estaba el baño y sobre el baño había un pequeño entrepiso con barandas donde dormían las niñas. En la tercera esquina estaba la cocina económica, construida en ladrillo y barro, y en la cuarta estaban la mesa y las sillas. A mí me parecía un rancho bonito, chiquito pero práctico, simple, funcional. Cuando las niñas se aburrieron les di pan y queso, que fue lo único que encontré en el armario, y las mandé a acostarse. Entonces quise hablar con Adriana, hablar de verdad. Corrí la cortina y vi que se había quedado dormida.

No es en realidad que haya sido difícil decidirme por tener el niño. Yo siempre supe que lo tendría, desde el principio. Desde el momento en que estábamos tirados en la cama y Gary no quiso salir a comprar condones, qué podría pasar por una vez, dijo. Y lo que tenga que pasar que pase, pensé yo. Él había dicho muchas veces que quería tener un hijo conmigo. Yo lo recuerdo bien porque a mí me encantaba que dijera eso, me llenaba de orgullo y de ternura. Además había conservado mi maldito trabajo con la sola ilusión de cobrar tres meses de licencia por maternidad y pensaba renunciar después, al día siguiente si era posible. Él decía que también estaba entusiasmado, que lo que pasaba era que los grandes cambios necesitaban procesos de adaptación. Yo iba haciendo mi proceso junto con mi cuerpo, a través de mi cuerpo. En cambio para él era más difícil. Quizás no llegaría a asimilarlo hasta que no lo tuviera en sus brazos. Yo le agarraba entonces los grandes brazos y los ponía sobre mi panza y le decía que ya lo tenía en sus brazos. Él sonreía.

Una de las cosas que me gustaban de Gary era su tamaño. Él medía un metro ochenta y siete y pesaba siempre, sin excepción, ciento tres kilos, hiciera lo que hiciera y comiera lo que comiera. A mí eso me parecía fantástico, yo que adelgazaba y engordaba y adelgazaba según cómo cambiara el viento. Además había sido jugador de rugby,

lo que sonaba muy viril y un poquito como de clase alta, que como de todos modos era algo que solo pertenecía a su pasado no dejaba de tener cierto glamur. Sus anchos brazos y su enorme torso me resultaban tan masculinos que me sentía orgullosa apenas con que me llevara abrazada por la calle. Acariciaba sus largas piernas como si fueran infinitas. Me gustaba que me agarrara de la cintura o de las nalgas, que me golpeará en la cola con su mano abierta, o me tirara del pelo y me cacheteara mientras me cogía. Me gustaba que me levantara en el aire con tanta facilidad. Me gustaba la fuerza con que me dominaba, que me agarrara de las dos muñecas con una sola mano y me tirara a lo bestia sobre la mesa de la cocina. Me gustaba cuando me sostenía las piernas hacia adelante apretándolas con sus antebrazos hasta hacerme doler, me gustaba que me escupiera, que me mordiera y que me metiera cosas por el culo.

Pero con el embarazo mi cuerpo cambió, mis músculos se sentían relajados y disfrutaban de sentirse relajados. Ya no quería tanto esas cosas sino que más bien quería que me cogiera con suavidad, como a veces también hacía, que me lamiera y me babeara y quedarme tirada sin hacer nada, que me chupara los pezones hasta el amanecer. Él se reía de mí y me decía que me estaba volviendo pacata y a veces solo la dejaba por esa y miraba la televisión. Otras veces se iba por ahí. Yo sabía que curtía con otras mujeres. Siempre lo había hecho y lo había dejado claro desde el principio. La fidelidad era algo que no le iba, que terminaba por pudrir las relaciones convirtiéndolas en contratos de propiedad. Claro que cuando yo estaba embarazada me parecía que teníamos que estar tan unidos como que hechos una pelota. Pero es verdad que era yo la que trabajaba en una fábrica de siete

a dieciséis y estaba muerta de cansancio cuando llegaba a casa. No iba a impedirle a él salir por eso y tampoco podía ponerle condiciones de lo que podía hacer y lo que no, no era nuestro estilo.

Cuando Gary se fue esperé a que el sonido de sus pasos bajara la escalera y que la puerta grande de abajo se golpeará al cerrarse y corrí al armario y empecé a revisarle los bolsillos de las chaquetas y las camisas, el cajoncito con los documentos, los rincones de la biblioteca, las latas de la cocina. Nada. Luego se me ocurrió revisarle los bolsillos de los pantalones y hasta metí la mano y tanteé el piso debajo de su mesita de luz. Cuando volví resignada al sofá me di cuenta de que había salido sin su cartera de cuero que descansaba en un rincón al lado de la puerta. Me abalancé sobre ella y encontré, al fin, para poder sentirme en paz, un paquete de Nevada un poco arrugadito con dos cigarrillos torcidos.

Fui a la cocina. Abrí la ventana por completo y sacando la cabeza a la intemperie prendí el encendedor sobre la punta del cigarrillo y di una larga pitada, ese acto tantas veces exactamente repetido. Yo había dejado de fumar tabaco y de tomar merca, y Gary también. Porro sí fumaba, a veces. No creo que el porro afectara en nada al bebé, quizás hasta era bueno para él que su mamá estuviera tranquila y relajada. Igual solo lo hacía de vez en cuando, si me invitaban. No gastaba guita en eso, no gastaba en nada. Apretaba todo lo que podía para el bebé. Me era fácil no fumar cuando estaba con gente, aun cuando los otros fumarán. Me daba vergüenza solo de pensarlo. Pero cuando estaba sola me pasaba que no podía dejar de pensar, de imaginarme, de suponer que Gary tenía un cigarrillo en algún lado. Sentí

cómo el pecho se me llenaba de humo y me olvidé de todo, mi cabeza en el frío, hundida en el paisaje. El cielo era una enorme masa parda y húmeda sobre la silueta lejana y simétrica de la Facultad de Química.

Era muy tarde cuando Gary llegó. Me sentí tranquila aunque no dije nada. Me parecía que las palabras iban a confundirlo todo. Era difícil saber qué significaban para él y qué significaban para mí. Sabía que había estado con una mina. Había algo que me hacía saberlo, pero no iba a decírselo. Podía habérselo dicho pero no sabía qué palabras usar que no emitieran ningún juicio. Porque de verdad no me importaba. ¿Quieren saberlo, mujeres del mundo? No me importaba nada. No me humillaba. No me afectaba. Mi amor estaba más allá de todo. De que él se expresara como un individuo sexual y encontrara canales de comunicación con otras personas. No me importaba nada. Era la llave de mi propia libertad sexual y yo la guardaba como un pequeño tesoro.

Sentí alivio de que hubiera llegado. Lo oí dando vueltas en la heladera. Pronto estaría aquí en la cama, conmigo. Cuando hubiera comido algo vendría en silencio, correría la sábana y me lamería los pies, sin decir nada. Pondría una mano sobre mi teta desnuda y con la otra mano acariciaría mis piernas. Las luces de la casa se apagaron. En la oscuridad lo sentí entrar al cuarto, acercarse y hundir la cabeza en mi cuerpo. Lamió mi vientre y mi vello. Recién entonces me miró y tal vez sonrió. Y yo también sonreí, aunque no sé si mis ojos se veían en la oscuridad. El viento golpeaba contra los vidrios. La punta de su lengua encontró el clítoris, al pasar. Ese sutil rozamiento que pone todas las células del cuerpo en movimiento y cierra las ventanas del mundo.

A la mañana siguiente igual me sentía un poco triste, eso de que su cuerpo no fuera mío y de mi niño. Cuando lo pensaba mejor, no sabía si aquel juego era en realidad la llave de mi libertad sexual o de mi libertad de cualquier tipo. Si es que la libertad puede separarse, analizarse, destriparse de esa manera. Yo quería ser independiente pero en realidad recién lo conseguí cuando empecé a trabajar, si es que alguna vez lo conseguí. Desde que alquilamos el apartamento había estado buscando un trabajo normal pero no había sido nada fácil. Gary era artista plástico y trabajaba en el taller de otro artista, un loco que hacía esculturas en cemento y le iba bastante bien. Gary vaciaba cemento cuando había producción y cuando no había se dedicaba a sus propios proyectos que eran relocos y divertidos.

Una idea que tenía era cerrar la entrada del estacionamiento del Montevideo Shopping Center con una montaña de cascos de obreros sobre una gran mancha de sangre. Trabajó mucho tiempo en la producción de la sangre, en la pigmentación exacta y la densidad exacta. Era muy importante que se secase y envejeciera como sangre. Dio muchas vueltas con la parte práctica del asunto. Habló con muchas personas. Consiguió que una empresa constructora le prestara los cascos con la condición de que pusiera un cartel de auspicio. Él les dijo que sí por las dudas, para darse tiempo a pensarlo, pero no estaba nada convencido. Le parecía que la obra perdía su contenido si estaba auspiciada por los patrones. Igual siguió adelante. Armó una carpeta presentando la obra de la forma más potable posible. Consiguió una reunión con alguien del shopping, creo que era de relaciones públicas. Después de varias idas y venidas le dijeron que estaban dispuestos a considerarlo para instalarse en algún lugar de la explanada pero que no cerrara

el paso de los coches. A mí me pareció una supernoticia pero él dijo que no, que la obra no era así, que no estaba concebida como una escultura para ser contemplada sino como una interferencia a la realidad. Insistió pero la cosa quedó en nada. A mí me dio pena, la verdad, pero también lo entendí. Él sabía lo que quería y yo amaba su integridad.

Lo que sí hicimos fue tapiar con piedras la entrada del McDonald's. Todo lo que pasó en torno a la obra fue una cagada pero la obra en sí salió perfecta, porque Gary tiene un culo que no tiene nadie, es la única explicación posible. Gary creía que el resultado era lo importante pero yo no puedo recordarlo con alegría. Terminamos todos peleados por el maldito nombre, y por la forma en que Gary manejó todo después. Así no tiene gracia trabajar, si la relación con los otros no funciona.

De todos modos lo que yo amaba en él era otra cosa. Me gustaba que cantara folclore por las mañanas mientras tomaba mate, a pesar de su actitud roquera. Me gustaba su mechón dorado sobre la frente tapándole el principio de calvicie, como un vestigio de aquel niño rubio de escuela privada que alguna vez había sido. Me gustaba que pudiera pechar y romper cosas solo con pararse de su silla, que pudiera tomarse todo un litro de leche a la mañana directo de la bolsa. Y había obras suyas que me gustaban. Me gustaba su escultura variable de tablitas. Él coleccionaba tablitas chiquitas, pedacitos de tablas que encontraba en los contenedores o en la basura de las carpinterías, aunque también tenía de la playa y de cosas que se rompían. Las coleccionaba con alguna intención artística que nunca quiso explicarme porque no era tiempo todavía. Ahora, la única forma de almacenar cosas

como esas en nuestro apartamento chiquitito era disponerlas de una manera estética. Entonces él hacía una pila en la que iba alternando tamaños y formas, tonos y matices, agregando al azar lo nuevo que conseguía como un juego de niños. Siempre eran preciosas y alegraban la casa. Un día la pechábamos sin querer o intentaba poner una tablita más y todo se derrumbaba. Entonces empezaba una nueva, le cambiaba la base, la hacía más resistente y más linda. Por eso la llamaba la escultura variable. Un día se cansó y las metió todas en un par de cajas de bananas que quedaron para siempre junto a la puerta de entrada jodiendo el acceso a la biblioteca.

También la casa cambió con el embarazo como nosotros cambiamos. Yo limpié todo, hasta los últimos rincones, corrí todos los muebles y los reubiqué tratando de maximizar el espacio, hice cortinas de patchwork con sábanas viejas y otras telas que tenía Gary. A él todo le parecía bien, pero no participaba. Cada vez hablábamos menos y cogíamos menos. Hasta se trajo a un amigo a vivir las últimas semanas. Yo estaba desesperada, obsesionada por el orden y la tranquilidad y me vi de golpe obligada a ver avanzar el caos cuando creía que ya todo estaba preparado. Hasta que un día dejó de importarme. Cuando salí de licencia me dediqué a dormir sin preocuparme de nada. Dormía muchas horas, de día y de noche, miraba la tele y leía, y hasta creo que era feliz, por mi propia cuenta.

Pero después del parto me costó volver a dormir. No en el sentido de que no conciliara el sueño sino todo lo contrario, podía quedarme dormida en las situaciones más inesperadas, pero nunca conseguía seguir durmiendo hasta haber descansado. Claro que los bebés lloran y reclaman atención

a cualquier hora y eso lo sabía de antemano y estaba todo bien, quiero decir, todo bien. Eso no sería tan terrible si una tuviera la posibilidad de aprovechar los momentos en los que puede dormir, relajar el cuerpo, permitirle recuperarse. Supongo que eso hacen las buenas madres, pero yo no tardé mucho en descubrir que yo no era una buena madre. Cuando me dormía de tarde, a cualquier hora, siempre se juntaban cosas para hacer y entonces me sentía culpable, me sentía mal de no poner toda mi energía en mi bebé. Cuando llegó el invierno y la casa se puso tan triste, yo me tiraba con Nicolás a dormir la siesta y Gary escuchaba música a todo volumen. Yo soñaba que le gritaba y le pedía que bajara pero en realidad no lo hacía. Soñaba con tanta veracidad que me deprimía por lo que había soñado o quizás porque nunca llegaba a un estadio profundo del sueño y la sangre parecía correr eléctrica por mis venas cuando Nico me despertaba llorando. A veces soñaba que él lloraba y soñaba que movía mis brazos en el aire e intentaba reaccionar pero no podía despertarme, intentaba salir del sueño con la inutilidad de quien intentara salir de la muerte. La tarde anterior al día que volvería al trabajo me la pasé llorando. Lloré y lloré y le pedí a Gary que se hiciera cargo un poco porque yo quería dormir, si era posible, todo el día. Él se enojó conmigo, decía que ya se haría cargo cuando yo trabajara, que si eso no era suficiente. Sí que tenía razón, pero no era suficiente para mí. Entonces me gritó, me insultó, rompió de un piñazo la fuente de porcelana inglesa que él mismo le había robado a mi madre, porque la consideraba indigna de un objeto tan bello, y me dijo que a mí nunca podía irme bien en la vida con lo amargada que estaba.

Cuando estaba deprimida pensaba en el pasado, no sé por qué, solo era así que funcionaban las cosas. Quizá solo

era una estúpida manera de buscar un culpable. Pensaba en el sufrimiento de un sufrimiento que ya no tenía. Y sin embargo podía reconstruirlo a veces con una veracidad alarmante. Podía sentir el rencor contra mi familia, contra mis amigos y amantes de otra época. Podía sentir la ira como un pájaro muerto —totalmente muerto, inmovible—, pero cuyo cadáver nunca había vuelto a la tierra a convertirse en otra cosa, sino que pesaba sobre mi espalda. La infelicidad que buscaba en eso era quizás el indestructible sentido de culpa con el que crecí. Esa incredulidad ante el espejo, como si me estuviera jugando una broma diabólica.

Cuando era niña sentía culpa de ser linda, sentía miedo de tener algo que no me merecía y que pudiera costarme caro. Y así iba todavía por el mundo buscando un mecanismo de sufrimiento cada vez que hacía mal las cosas, o sea bastante seguido. Y cuanto más sufría, peor hacía las cosas. Puede ser que fuera una pelotuda, y nada más. Puede ser que el sufrimiento me consumiera la energía que necesitaba para cambiar. No lo sé, no sé qué viene primero, si el huevo o la gallina, o la pobreza o el invierno. El invierno, la humedad, su dolor físico, me llevaban siempre por caminos oscuros. Así funcionaban las cosas. Así de inestables, y sin embargo tenía que buscar la forma de sobrevivir en el mundo, en la historia que marchaba sin detenerse y en aquel tiempo de penumbra y de viento colándose por las hendiduras de las ventanas desvencijadas, por las esquinas quebradas de los vidrios, en el único mundo que tenía.

Claro, me dirán que el invierno no tiene nada que ver, que cuando vino el verano fue lo mismo o peor, y es cierto. En verano también nos peleábamos por todo. Como aquel día

que planeamos salir temprano para la playa. Cuando estábamos por salir a Gary se le ocurrió que quería llevar la parrilla y comprar carne por el camino. Yo había entendido que íbamos a llevar pan y fiambre. Resultó que además de todo lo que llevábamos, es decir pañales, toallitas, paños húmedos, muda de ropa, mamadera con agua, táper con purecito, cucharita de plástico, repasador, abrigo para la tarde, sillita de bebé, lona para sentarnos, vasos, termo y mate, chupete de repuesto, gorrita de repuesto, toalla grande, libros varios —ya que Gary era incapaz de elegir lo que iba a leer y ya—, walkman, manzanas, papel higiénico y qué sé yo cuántas cosas más, ahora íbamos a cargar también con la parrilla que pesaba un huevo más un huevo y medio de carne.

—Si lo voy a llevar yo, no sé qué tanto problema te hacés —dijo Gary.

—Claro, pero entonces no podés llevar a Nicolás, por supuesto.

—¿No tenés ganas de comer un asado?

—No tengo ganas de hacer un sacrificio para comer un asado y volver más cansada de lo que me fui. ¿Vos no te das cuenta de que ya no tenés la camioneta?

—¿Ahora me estás reprochando lo de la camioneta otra vez?

—Yo no te estoy reprochando nada, pero cuando yo salgo sola me arreglo con una toallita y dos pañales, y cuando salimos juntos...

Fue el punto de inflexión. Gary se me vino encima y me tironeó del bolso que tenía colgado en el hombro y me gritaba que no llevara nada, que no precisábamos nada, que nos íbamos así, sin bolso ni nada. Yo le gritaba que no fuera bruto, que si creía que él era el único que tenía derecho a enojarse.

—Vos te creés que sos muy viva y sos una estúpida, porque las cosas después las necesitás y no las tenés y la pasás mal al reverendo pedo. Pero a vos te gusta, te gusta pasarla mal. Y ser pobre también te gusta.

—Yo por lo menos trabajo.

—Ah, ¿y qué? ¿Yo no trabajo, acaso?

—Toda esta discusión es al pedo, a mí no me interesa hablar de esto ahora...

—No, claro...

—Ni me interesa que hagas asado o no hagas asado. ¿Sabés qué es lo que de veras me calienta?

—¿A ver? ¿Qué te calienta?

—Que me cambies los planes a último momento cuando estoy pronta para salir. ¡Quiero irme ya! ¡Hace veinte minutos que te estoy esperando en la puerta!

Salí dando un portazo y le grité que lo esperaba abajo. Respiré hondo. Parecía que el sol iba a partir las baldosas. Nicolás me miraba con los grandes ojos abiertos y se sacaba el gorro una y otra vez. No había un maldito árbol donde protegerse. Gary bajó por fin cuando yo ya estaba a punto de explotar de irritación. Traía la parrilla en la mano. La apoyó contra la pared, se bajó la mochila y dijo que ya venía, que iba a buscar unos diarios para prender el fuego.

Pegame que me gusta

Lalo Barrubia

Las voces de los dos protagonistas se alternan capítulo a capítulo en *Pegame que me gusta* para narrar el desasosiego de una generación posdictadura que quedó abandonada a su suerte, un estilo de vida en los márgenes del sistema y una lucha constante para que la pobreza no se vuelva paradigmática. Laura quiere retomar la danza y conectar con su juventud de *performances* callejeras y «acciones anticapitalistas» mientras trabaja en una fábrica, espera su primer hijo y vive con una suerte de artista conceptual que como tantos jóvenes ve en un pasaje de avión el único escape posible a una asfixiante Montevideo de principios de los 90. El Pato, a su vez, quiere hacer cine, pero anda errante cargando un televisor que se llevó de su casa y una bolsa de mercadería para vender en la calle.

En esta novela —que trasciende largamente su contexto generacional— no hay imposturas: los personajes, de carne y hueso, habitan una ficción tan viva que suda por cientos de poros abiertos. Cargan con unos cuerpos maltratados y exhaustos sin saber dónde ponerlos, porque parecen destinados a no encontrar un lugar o porque la vida que quieren estará siempre en otro sitio, en otro momento.

